

LA IGLESIA CATOLICA Y LOS TOROS

Juan Manuel Albendea

Fundación de Estudios Taurinos



a oposición a la costumbre de lidiar toros, ora a pie ora a caballo, es tan antigua como la propia lidia, aun cuando las causas de la oposición hayan tenido fundamento diferente a través de los tiempos. Esta diferenciación permite clasificar las causas de oposición en tres grandes grupos: las de orden religioso y moral, las de orden económico, y las que hacen relación al sufrimiento de los animales.

Realmente de los tres grupos de motivos, sólo prevalece hoy el último, el de razones zoofílicas. Antonio García-Baqueró en un luminoso artículo publicado en el núm. 5 de la desaparecida revista *Taurología* (*La polémica antitaurina en la Ilustración: miedos y recelos del poder*), analizaba el fenómeno de las prohibiciones desde la óptica económica y defendía la existencia de causas más hondas, calificando a los motivos invocados de cáscaras superficiales, bajo las que se disfrazarían las razones profundas de la prohibición. Razones que descansan en el “*miedo y el rechazo que suscita cualquier situación o fenómeno cuya persistencia y éxito de convocatoria social se presentan como desproporcionados en un análisis razonable de la relación entre la causa y los efectos*”. En definitiva miedo del poder que tiene su anclaje en la apreciación de Tierno Galván, recogida por García-Baqueró, de que los toros “*son aparición o testimonio de una concepción del mundo que, por serlo, excluye o pretende excluir la vigencia de cualquier otro*”.

Volviendo al tema de las prohibiciones desde razones de tipo religioso o moral, objeto de nuestro análisis, puede decirse que muy posiblemente sea en este campo donde la polémica haya sido mas aguda, sin duda porque frente a preclaros detractores han existido también no menos ilustres apologistas de la fiesta. Las razones de orden moral invocadas, sobre todo a lo largo de los siglos XV y XVI descansan, fundamentalmente, en el rechazo a poner en peligro el bien de la vida, gratuitamente, sin causa que lo justifique. El núcleo de esta argumentación podemos encontrarlo en la bula *De Salute Gregis* de san Pío V (Fig. n.º 22), promulgada el 1 de noviembre de 1567, cuyos principales párrafos no nos resistimos a transcribir: *“Habiéndonos encomendado por divina disposición el cuidado de la grey del Señor, con todo empeño debemos procurar alejar de ella los peligros de alma y cuerpo. Y a este particular debemos decir que, aunque fue prohibido por el Concilio de Trento el detestable uso de los duelos, sabemos, sin embargo, que son todavía legión los que en muchas ciudades, en vano alarde de fuerza y audacia, en públicos y privados espectáculos, luchan incesantemente con toros, de donde se siguen muertes, mutilaciones y peligros grandes para las almas. Considerando Nos despacio lo muy opuesto de tales exhibiciones a la piedad y caridad cristianas, y deseando que estos espectáculos tan torpes y cruentos, más de demonios que de hombres, queden abolidos en los pueblos cristianos, prohibimos bajo pena de excomunión, ipso facto incurranda, a todos sus príncipes, cualquiera que sea su dignidad, lo mismo eclesiástica que laical, regia o imperial, que permitan estas fiestas de toros. Si alguno muriera en el coso, quede sin sepultura eclesiástica. También prohibimos a los clérigos, tanto seculares como regulares, bajo pena de excomunión, el que presencien tales espectáculos. Anulamos todas las obligaciones, juramentos y votos de correr toros, hechos en honor de los santos o de determinadas festividades ...”*.

Varios aspectos de la mencionada bula papal nos llaman hoy poderosamente la atención. El primero, el hecho de no estar especialmente dirigida a España: El Papa habla de que, en muchas ciudades, son legión los que lidian toros ¿Significa esta publicación *urbi et orbe* que la fiesta de toros en el siglo XVI era uso frecuente en otros países además de en España?



Fig. n.º 22.—El papa San Pío V. Mosaicos de San Pablo, Roma (Apud.: Castiglioni., 1948: II, pág. 211).

Efectivamente, empezando por Portugal que nos es el más cercano, coincide la prohibición papal con el reinado del rey don Sebastián, la *más importante figura taurina de su siglo entre los reyes y aun de los siguientes*, a juicio de José María de Cossío. Tan poco caso debió hacer Don Sebastián a la prohibición pontificia que la primera vez que se publica la Bula en Portugal fue en 1573 —seis años después de promulgada— por el arzobispo de Evora, don Juan de Mello. Además de numerosos festejos en Lisboa, había frecuentes corridas de toros

en otras ciudades. En Villaviciosa, situada en el Alentejo, se festeja, en 1537, con una corrida el casamiento del infante don Duarte con doña Isabel. A tal festejo acudió el rey don Juan III, que llegó de Evora, acompañado de sus hijos. Eran tan frecuentes y tan costosas las corridas de toros en Braganza que, en 1549, el duque de dicha tierra se dirige al Concejo de la ciudad de Braganza con una recomendación singular: *“Quiero ordenar que todos los gastos que se hacen se enmienden y eviten, y paréceme que donde son mayores es en los toros que se corren a costa de la ciudad. Gástase en esto mucho y ello no se puede consentir. Yo no quiero que se dejen de correr toros; más quiero que en las rentas de la ciudad sean incluidos los juegos de toros señalando el día y las corridas que se han de dar ...”*. Vemos también la preocupación del Duque por cómo se descuidaba la defensa de la ciudad en beneficio de la fiesta: *“Es vergonzoso el gasto que se hace con los toros, sin provecho ninguno para la ciudad, que es fronteriza y precisa seis piezas de artillería para su defensa”*. Si a la Bula no se le hizo mucho caso en Portugal si sirvió para mitigar el peligro que aquella denunciaba, y que tuvo su origen en Beja: cortar los cuernos de las reses, costumbre que acabó imponiéndose, y que ha prevalecido en dicho país hasta nuestros días.

Respecto a Francia dice Cossío que *“existen documentos del fin del siglo XVI y a todo lo largo del siglo siguiente, que atestiguan ser una tradición bien establecida y de tiempo inmemorial, el celebrar las fiestas patronales con corridas de toros”*. Se conservan, ininterrumpidamente, desde 1510 las cuentas comprometidas de la localidad de Saint-Sévère para la celebración de la fiesta de San Juan, en la cual las corridas de toros tenían la consideración de fiestas votivas. En Arles, el rey Carlos IX y la reina madre Catalina de Médicis, que venían en 1564 de Marsella, expresaron su deseo de ver una corrida de toros, lo que fue muy del agrado de los arlesianos. Estima Cossío que si la bula de Pío V no fue publicada en

Francia, no obstante aportó los suficientes argumentos de autoridad a obispos y predicadores para que, a principios del siglo XVII, comenzaran una cruzada contra las corridas de toros.

En Italia es, lógicamente, donde la bula pontificia produjo efecto inmediato. No parece descabellado sostener que la



Fig. n.º 23.—El escudo heráldico de Rodrigo Borgia, después papa con el nombre de Alejandro VI. Obsérvese un toro sobre el cuartel izquierdo. Dependencias de los Borgia en el Vaticano (Apud.: Conrad, 1978, pág. 40).

crueledad de las corridas italianas pudo ser la causa inmediata de la generalización de la prohibición. La costumbre de lidiar toros fue introducida en Italia por los Borja (Fig. n.º 23). Según escribe Antonio Santainés, tales corridas de toros venían celebrándose “*más con sus defectos que con su gallardía*”. Alejandro VI y Julio II parece que eran buenos aficionados (Figs. n.º 24 y 25). Ludovico Pastor en el tomo VII de su *Historia de los Papas*, nos informa que el lunes de Carnaval de 1519 se celebró una gran corrida en la plaza de San Pedro, a vista



Fig. n.º 24.—El papa Alejandro VI. Mosaicos de San Pablo, Roma (Apud.: Castiglioni, 1948: II, pág. 123).



Fig. n.º 25.—El papa Julio II. Mosaicos de San Pablo, Roma (Apud.: Castiglioni, 1948: II, pág. 138).

de León X, en la que por cierto murieron tres pobres hombres. Costeó el Papa espléndidos trajes para los toreros mientras se evocaban nostálgicamente los tiempos del cardenal Petrucchi que por solamente uno de estos trajes solía pagar hasta 4000 ducados (Fig. n.º 26). Corridas y más corridas se siguieron cele-



Fig. n.º 26.—El papa León X. Mosaicos de San Pablo, Roma (Apud.: Castiglioni, 1948: II, pág. 145).

brando durante los años sucesivos aunque no siempre, ni mucho menos, a la manera española sino despeñando a los toros por el Testaccio mientras, en las laderas, los esperaban jinetes armados que los despedazaban en su loca huída con tan poco garbo como sobrada crueldad. Después de esta tremenda descripción de Pastor ¿Resultará aventurado sostener la influencia, a la hora de redactar la bula condenatoria, de tales prácticas en el ánimo papal?

Las corridas de toros las llevaron a Méjico los españoles y sirvieron, como en España, de pretexto para honrar a los santos. Así reproduce Cossío la orden del Cabildo de la ciudad de

13 de agosto de 1529 en virtud de la cual *“todos los años por honra de la fiesta del señor San Hipólito, en cuyo día se ganó esta ciudad, se corran siete toros, e que de aquellos se maten dos y se den por amor de Dios a los Monasterios e Hospitales ...”*. También en el mismo año vuelven a hacerse alegrías de cañas y toros para celebrar las paces entre Francia y Castilla. Tan arraigados estaban ya los toros en Méjico a mitad del siglo XVI, que en 1554 escribía el arzobispo Montuja al Consejo de Indias: *“También hay cierta diferencia sobre el suelo que ya está bendito, que nos quieren quitar un pedazo para correr toros; y parece cosa indecente estando ya bendito profanarlo; donde muchas veces los toros matan indios como bestias”*. Como vemos los indios se habían hecho buenos aficionados y no se paraban en barras para satisfacer su diversión, usurpando, incluso, suelo sagrado. El Tercer Concilio Mejicano, donde se debatieron las prohibiciones pontificias sobre los toros, coincidió con la celebración de varias corridas. La eficacia de dichas prohibiciones en Méjico debió correr pareja suerte que en España. Es decir papel mojado.

El segundo aspecto a resaltar es la grave calificación que la Bula, a la que nos estamos refiriendo, otorga a las corridas de toros *“espectáculos torpes y cruentos, más de demonios que de hombres”* y la pena canónica tan severa —la excomunión *ipso facto incurrenda*— no sólo contrastan con la concepción teológica moderna del pecado y con los mucho más benévolos criterios punitivos del Concilio Vaticano II, diferencia obvia y por tanto innecesaria de destacar, sino con la opinión de teólogos y predicadores de la época de relevante prestigio por su virtud y ciencia. Un interesante compendio de dichas opiniones recoge el jesuita P. Pereda, profesor de Derecho Penal de la Universidad de Deusto, en su interesante libro *Los toros ante la Iglesia y la Moral*, que nos ha aportado nutrida información para la realización de este trabajo. Así vemos como fray Antonio de Ciudad Real, tras el relato minucioso de las maravi-

llas y proezas que vio ejecutar en Méjico, justifica su descripción, en 1570, sólo tres años después de la publicación de la Bula: *“Todo lo cual se refiere para gloria y honra de Dios, que tal ánimo, fuerza y destreza da a sus criaturas”*. El mayor opositor a la bula fue fray Antonio de Córdoba, provincial franciscano de Castilla, hombre que tuvo gran prestigio cerca de Felipe II. Trató fray Antonio de publicar un libro bajo el título *De difficilibus quaestionibus* donde pretendía abordar diversas cuestiones de singular importancia moral entre las cuales concluía *“quo agitatio taurorum nullum sit peccatum”*. Mandó el Papa al Nuncio que le amonestara seriamente, y que bajo ningún concepto el libro viera la luz. La oposición a la Bula arreciaba, y el cardenal Alejandrino se lo advertía así al Papa: *“los argumentos en que se apoyan son que ningún santo dice que sea pecado y que si lo fuese no lo habrían permitido tantos Santos Pontificios y tanto tiempo en Roma mismo, aún en su presencia, y que lo mismo se podría decir de las justas, torneos y otros ejercicios de caballeros y otros semejantes argumentos en que están obstinados”*.

Parece ser que esta Bula no llegó a publicarse en España. Así, al menos, se desprende de la correspondencia del Nuncio, quien escribía a Roma: *“Cuanto a los toros, no creo que los prelados a quienes he mandado la Bula la hayan publicado formaliter; tengo entendido que de acá se les ha mandado orden que sobreseyesen ...”*. De acá se refiere, sin duda, a la intervención de Felipe II. No era aficionado el Rey Prudente a los toros, lo contrario que su padre, quien alanceó un toro en Valladolid. Sin embargo, cuando las cortes de Valladolid de 1555 le suplicaron *“provea se mande que de aquí en adelante no se corran ...”*, don Felipe contestó que *“en cuanto al daño que los toros que se corren hacen, los corregidores e justicias provean y prevengan de manera que aquel se excuse en cuanto se pudiere, y en cuanto del correr de los dichos toros, esto es una antigua y muy general costumbre en estos nues-*

tros reinos, e para la quitar sera menester más mirar en ello y ansi por agora no conviene se haga nada". No es extraño que con ese criterio real la Bula tuviera un efecto muy limitado en España. Y no cejó el Rey hasta que consiguió, en 1585, que el sucesor de San Pío, Gregorio XIII (Fig. n.º 27), expidiera el 25 de agosto la bula *Exponi nobis*, en la que levantaba las censuras y penas impuestas en la *Salute Gregis*, manteniendo sin embargo, la prohibición que afectaba a los clérigos, tanto seculares como regulares, y prohibiendo que las corridas se tuvieran en días de fiesta y se procurara con toda diligencia en las que se celebrasen evitar las desgracias. La resistencia de los clérigos a la observancia de la bula fue notable y cobró especial relevancia, lógicamente, en círculos intelectuales destacando, claramente, en la rebeldía la Universidad de Salamanca. Llegaron noticias al papa Sixto V, sucesor de Gregorio XIII, de una doble desobediencia salmantina: que los clérigos no sólo presenciaban corridas sino que, muchas veces, eran los promotores, y lo que era más grave, a juicio del Papa, que los profesores enseñaban a los alumnos que era lícito a los clérigos asistir a las corridas de toros (Fig. n.º 28).

Para conjurar la rebelión, el Papa, con fecha 14 de abril de 1586, expidió la constitución apostólica *Nuper siquidem* dirigida al obispo de Salamanca, don Jerónimo Manrique. Tras el saludo protocolario y la exposición del problema, el Papa le daba al Obispo como delegado suyo, "*facultad libre y autoridad plena, tanto para que impidas las dichas enseñanzas, cuanto para que prohibas a los clérigos de tu jurisdicción la asistencia a los citados espectáculos. Así mismo, te autorizamos para que castigues a los inovedientes, de cualquiera clase y condición que fueren, con las censuras eclesiásticas y hasta con multas pecuniarias recabando en su caso el auxilio del brazo secular para que lo que tu ordenes sea ejecutado sin derecho de reclamación ante Nos y ante nadie. No servirá de obstáculo para el cumplimiento de esta Nuestra disposición, ninguna*



Fig. n.º 27.—El papa Gregorio XIII. Mosaicos de San Pablo, Roma (Apud.: Castiglioni, 1948: II, pág. 217).



Fig. n.º 28.—Un fraile contemplando una corrida de toros. Fragmento de “Stiergefichte in Spanien”. Estampa alemana, cobre, talla dulce, iluminada, 340 x 190 mms. (Apud.: Carrete y Martínez Novillo, 1989: fig. n.º 53.).

ordenación ni Constitución Apostólica, ni los Estatutos de la Universidad (el Papa parecía advertir por donde se iba a orientar la defensa) *ni la costumbre inmemorial, aunque estuviera vigorizada por el juramento y la confirmación apostólica ...*". La carta pastoral del Obispo, reproduciendo la constitución apostólica, provocó en Salamanca un gran escándalo. Dice el marqués de San Juan de Piedras Albas en su hermoso libro *Fiestas de Toros, bosquejo histórico* que "*ante la afición a los toros de aquellos señores, los mandatos del Papa y las exhortaciones pastorales de su Obispo tenían que ser letra muerta y para ello había que intentar la derogación de los preceptos eclesiásticos invocando el derecho de Patronato Real, algo así como regalía de la Corona de España y el Fuero universitario interpretado al arbitrio de los deseos de la Universidad salmanticense*". Opinaron los lectores que procedía el recurso de alzada ante el Rey contra el Papa y el Obispo, y encomendaron la redacción del documento nada menos que a fray Luis de León (Fig. n.º 29). Se preguntan los tratadistas cuáles serían las causas que movieron a fray Luis a aceptar tan espinoso encargo. Quizás, contesta el marqués de San Juan de Piedras Albas, movió en mayor manera su ánimo una distinción de su personalidad: más la de maestro o catedrático que la de agustino austero. Nos inclinamos a pensar que lo que fray Luis en realidad estaba defendiendo era, empleando la terminología actual, la autonomía universitaria en ese momento amenazada.

Fray Luis, tras la exposición del problema, suplicaba "*sea servido hacernos la md. que siempre ha hecho a esta Universidad que confiados en ella esperamos todo buen suceso en todo y en esto que es tan en perjuicio del patronazgo real y de la quietud y buen gobierno deste estudio ...*" No está claro si el recurso llegó a Roma, o lo retuvo Felipe II. Por la retención se inclina el marqués de San Juan de Piedras Albas, quien sostiene que duró hasta la sucesión de Sixto V por Clemente VIII (Fig. n.º 30). Sin embargo, el pontificado clementino



Fig. n.º 29.—El maestro Fray Luis de León (Apud.: Pacheco, 1983: 43)



Fig. n.º 30.—El papa Sixto V. Mosaicos de San Pablo (Apud.: Castiglioni, 1948: II, pág. 226).

se inicia en 1592 y el breve derogatorio no se publica hasta 1596, precisamente el año en el que se concluyó el Palacio Vaticano. Parece ser, por tanto, que la negociación no fue fácil. Piedras Albas sostiene que la negociación la debió llevar el embajador duque de Sessa, en tanto que el conde de las Navas, en su libro *El espectáculo más nacional* atribuye la titularidad de la embajada al duque de Sueca. El incendio en 1738 del archivo de la Embajada de España en Roma dificulta el conocimiento de la tramitación del expediente, a la que sí aporta, sin embargo, más luz el padre Pereda, en su ya citada y meritoria obra, puesto que sostiene que, en vista de que ni el Rey, ni el Consejo, ni el Nuncio querían coger ese difícil toro por los cuernos (*"negocio muy grave y de mucha consideración"*) lo calificó el Dr. Solís, enviado especial de la Universidad a la Corte), decidieron los recurrentes llevarlo a Roma, y nombraron al efecto dos procuradores, Pastor de Medina y Bargundia, con sueldos de 100 ducados. Efectivamente, designaron al cardenal Colonna protector de la Universidad, e interesaron vivamente al cardenal Lancelotti, que es quien había de hablar con el Papa. Cualesquiera que fuera la negociación de este recurso, sí llama la atención la importancia que cobró el asunto, lo que hace exclamar, con no escondido entusiasmo, al padre Pereda: *"¿Verdaderamente que es categoría la de los toros, y al parecer de transcendental importancia; pues trae a mal traer, con tantos dares y tomares y quebraderos de cabeza, a cuatro Sumos Pontífices, al Monarca más grande de su tiempo, a la Universidad de mayor prestigio en el mundo de la ciencia, a cardenales, arzobispos, nuncios y santos y sabios de primera línea ¿Si se hubiera tratado de la guerra contra el turco hubiera habido mayores apremios y más solícitos cuidados? ¿Qué deporte, ni no deporte, puede presentar credenciales de tal categoría, para entrar en la órbita de los grandes asuntos?"*.

Las polémicas sobre la exacta interpretación de las bulas de contenido taurino ocupó a moralistas y teólogos, destacan-

do en aquellas la Universidad de Salamanca. Se centraba dicha discusión en la propia interpretación de las bulas sobre dos aspectos concretos: qué clase de excomunión contenían, y si el practicar el torero o presenciar las corridas constituía o no pecado mortal. Se pregunta Pereda ¿Se puede pensar en la malicia intrínseca del torero? Sí, si nos atenemos a la opinión de fray Francisco de Alcocer en su *Tratado del Juego*: “*ejercicio y regocijo del que se sigue tal carnicería y muerte de tantos hombres, de gentiles es más que de cristianos, inhumano es por cierto y diabólico, y que se debe deterrar de las repúblicas cristianas*”. No menos contundente es el juicio del padre Mariana: “*i quién se podrá persuadir que el Pontífice, por un pecado venial, se pusiera a hacer una Bula o Breve con tan severas palabras? Afirmamos ser ilícito correr toros; feo y cruel espectáculo ...*” para terminar arremetiendo contra sus colegas que defienden la tesis contraria: “*gran afrenta de nuestra profesión, que no haya cosa tan absurda que no la defienda algún teólogo*” (Fig. n.º 31). El jesuita Pedro Hurtado de Mendoza en sus *Disputationes scholasticae et morales* sostiene que “*los mejores toros son los que matan más gente, y estas diversiones parecen más castigo de tiranos que cristianos entretenimientos*”.



Fig. n.º 31.—Juan de Mariana (1536-1563) (Apud.: Cossío, 1969: II, 106).

No son menos contundentes los juicios de los que se alinean en la orilla opuesta: Tomás Hurtado replicaba así en 1651 (*Tractatus varii resolutionum moralium*): “*ciertamente si se asiste a los toros con esa perversa intención de ver heridas y muertes, sería, a la verdad, spectaculum daemonum, non hominum, pero si se asiste por ver y gozar de la destreza de los toreadores, de la velocidad de las fieras, de la gallardía en el herir de los jinetes, entonces non spectaculum daemonum sed hispanorum*. Los salmanticenses sostenían que para que fuera intrínsecamente malo “*sería preciso que casi siempre murieran los que torear, y está tan lejos de suceder, que es raro que muera alguno, pues se manda retirar a todos los niños, viejos y cojos, y sólo se permite que intervengan los verdaderamente peritos ...*”. Los argumentos de Medina, por su parte, se apoyan en una tesis utilitarista muy criticada: las corridas son plenamente lícitas a pesar del peligro, aunque tan sólo sea por la razón de que este espectáculo lo escogió la nación para que los caballeros se adiestraran y ejercitaran en el manejo de las armas y siendo éste un bien general, por tanto, ha de anteponerse a todos los particulares. Para el padre Mendo los argumentos sobre la licitud del toreo se apoyan en razones de aceptación general, el hecho de que sea consentido en toda España, en la que con tan católicos reyes, con gobernantes de tan timorata conciencia, no se concibe que puedan permitirse espectáculos ilícitos, sin que reclame ninguno de tan santos y sabios varones. Argumento, que hoy no puede menos de provocarnos una beatífica sonrisa. De primer apologista de las corridas de toros puede calificarse al navarro doctor Martín de Azpilicueta, aun cuando Cossío califica su posición de vacilante (Fig. n.º 32). En su *Manual de Confesores* dedicó varios apartados a *De taurorum agitatione*, y declara que él vio de pequeño los toros y se confesó, que vio después dos o tres hombres muertos, e hizo voto de no volver. Sin embargo, escribe: “*Hace treinta años hubiera dicho sin duda que ver las*

corridas de toros era pecado mortal; pues así lo había oído de mis maestros franceses; pero ahora no me atrevo a decir que sea pecado ninguno, si se hace con la debida cautela". Parece casi un chiste que los graves teólogos salmanticenses comentando la frase de Azpilicueta sobre sus maestros france-



Fig. n.º 32.—Martín de Azpilicueta (1492-1586) (Apud.: Cossío, 1969: II, 98).

ses, afirmaran con absoluta seriedad “¿Qué tiene de extraño que aquellos preceptores franceses así hablaran, si siendo franceses no podían decir otra cosa? Porque si los franceses se metieran a toreros, claro que para ellos sería pecado mortal ¿Cómo vamos a comparar a los franceses con los españoles? Los franceses son por naturaleza pesados, los españoles como el viento, los franceses no entienden nada del toreo, los españoles nacen toreando; los franceses a la primera embestida

van por los aires, los españoles si tienen un poco de cuidado, se ríen del toro más marrajo". Y sin el menor rebozo sacan la conclusión: "*Es, por tanto, la corrida de toros evidente peligro de muerte e inmoral para los franceses, italianos y extranjeros todos; pero de ninguna manera para los españoles, que desde la infancia aprenden a torearlos, a esquivarlos y burlar sus golpes...; y como no caen en la cuenta de esto los extranjeros, por eso hablan contra nuestra antiquísima costumbre y la tachan de inmoral*" ¡Y después de este alegato se quedaron tan frescos los buenos carmelitas!

No parece exagerado afirmar que esa conjunción de amores y odios hacia la fiesta de los toros, que ha sido una constante en nuestra historia, adquirió perfiles aristados en el estamento eclesiástico. La exageración en la filia y en la fobia no tiene parangón con otros grupos de opinión, ni siquiera en la época de la Ilustración se llegó a tales extremismos ideológicos "*¿Simpatizará la Iglesia con la fiesta nacional —se pregunta el Conde de las Navas— porque ésta lleva aparejado el sacrificio cruento de animales, oferta tan propia en otros días de la mayor parte de las religiones positivas?*". ¿Cómo puede hablar de simpatía el insigne tratadista —debemos preguntarnos nosotros— tras las bulas condenatorias o declaraciones de figuras muy prestigiosas de la teología y la moral, donde con contundencia han atacado nuestro espectáculo? Pese a ello —debemos responder— la consecuencia que se obtiene, acercándose con interés a la polémica, es que la lidia de los toros tiene tal arraigo en nuestro pueblo que los clérigos no sólo no han intentado ser un islote en el influjo de esa pasión nacional sino que, en muchos casos, han sido la mecha que ha inflamado esa pasión. Podríamos traer a colación algunos testimonios pintorescos. Así, por ejemplo, nos cuenta el padre Isla, cómo para celebrar las fiestas de la canonización de San Estanislao y San Luis Gonzaga, los jesuitas del Colegio Real de Salamanca decidieron, para no contrariarlos, acceder a la petición de los

teólogos navarros de celebrar una corrida de toros y, a tal efecto, los compraron doce bravísimos toros de cuatro años que todos fueron condenados a muerte *“por ser punto de honor en la plaza de Salamanca no admitir inferior número de fieras, ni consentir que alguna de ellas pise su arena sin castigar con sentencia de muerte su soberbia y orgullo”*. Todo ello —sigue relatando el padre Isla— se llevó *“con tan admirable felicidad, que no hubo tropiezo, ni un golpe, ni un rasguño, ni un tocar al pelo de los toreadores, aunque ni éstos pudieron estar más intrépidos, ni los novillos más iracundos y feroces. Las fieras bien podían ser moros por la media luna de sus astas y por el ceño que hacía oficio de turbante; pero en honor a los santos ninguno de ellos dejó de portarse como un verdadero cristiano”*.

Interminable sería la relación de conmemoraciones de carácter religioso que se realizaban con corridas de toros (Fig. n.º 33): las costeadas por el duque de Lerma, mayordomo mayor de Felipe III, con motivo de la traslación del Santísimo Sacramento a la iglesia colegial de San Pedro; las costeadas por la ciudad de Córdoba el 3 de junio de 1651 en honor de San Rafael; las celebradas con motivo de la inauguración de la capilla de Nuestra Señora del Sagrario, en la Catedral de Toledo, erigida por el cardenal Sandoval; la canonización de santa Teresa costó la vida a más de 200 toros, en unas treinta corridas, dadas en lugares donde había fundado conventos la doctora abulense. Vargas Ponce, acérrimo detractor, exclama indignado: *“¡Los 1800 toros que en cada año está averiguado se destrozaban impiamente en la Península, se destrozaban invocando a sus mártires y celestes patronos! ¿Qué más? La increíble profanación y desacato, llegó hasta correrlos en los templos, como sucedió en la catedral de Palencia a la faz de sus aras. Las carnes de los toros que se lidiaban en estas corridas en honor de los santos se guardaban como reliquia, y son contra las calenturas y otras enfermedades, y para remedio de los nublados”*.

En la misma línea de reproche Gabriel Alonso de Herrera, en su *Agricultura General* (1513) (Fig. n.º 34), tras un encendido elogio a la utilidad del buey, e identificándolo con el toro, censura su muerte, y añade: “Y lo que es mayor error, hácese en honor de santos en sus fiestas.. Pensamos por ven-



Fig. n.º 33.—Toros y fiestas religiosas y patronales. “Relación de las fiestas que se tuvieron en Pamplona con motivo del traslado de su patrono San Fermín en su nueva capilla, Pamplona, 1771” (Apud.: Díaz Arquet, 1931: 278).

tura que con fiestas y placeres deshonestos habemos de agradecer a los santos que sabemos que con ayunos, lágrimas y oraciones agradaron a Dios y aclamaron su gloria...”. Mayor paradoja representa la celebración, con varias corridas de toros, como la celebrada en Zaragoza por la canonización de santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, autor de la más patética condena sobre la fiesta: “¿Quién tolerará esta

bestial y diabólica usanza? ¿Hay brutalidad mayor que provocar a una fiera par que despedace al hombre? ¡Oh duro espectáculo! ¡Oh juego cruelísimo!... Os denuncio, pues, en nombre de Jesucristo Señor Nuestro, que todos cuantos obraís y consentís, y si es vuestro, no prohibís las corridas, no sólo



Fig. n.º 34.—“Obra de agricultura compilada de diversos autores”, Toledo, 1513 (Apud.: Cossío, 1969: II, 88).

pecais mortalmente, sino que sois homicidas y deudores delante de Dios en el día del juicio de tanta sangre violentamente vertida”. A pesar de palabras tan severas, sobre las fiestas de los toros, su subida a los altares se honró con los correspondientes festejos.

La presencia de clérigos en los toros, y entre estos los de más alta jerarquía, está archidocumentada. El conde de las Navas, a título meramente ejemplar espiga de la obra de Antonio Rodríguez Villa, *La Corte y la Monarquía de España en 1636* y 37, y en el Archivo de la Real Casa y Patrimonio una relación de singulares espectadores. En 1625, el cardenal Barberini vino a España de legado *ad latere*; y cuéntase que habiéndolo reconocido el Rey a la salida de los toros, le dijo en tono zumbón: “*¡Bien disfrazado vais señor cardenal; pero no tanto que no se os conozca!*”. Sabemos que el 26 de junio de 1623 gastó el Rey, con el Nuncio..., 52 libras de dulces en una corrida de toros. En 12 de septiembre de 1679 se concedió un balcón para las fiestas de toros al cardenal de Aragón. En las corridas de El Escorial de 1635 figuran con asientos, a más del patriarca y de los capellanes de honor, el ayuda de oratorio y cura de Palacio. En los repartimientos de balcones en la Plaza Mayor, a lo largo de numerosos años durante los siglos XVII y XVIII, figura el cardenal arzobispo de Toledo. La Dirección de Bulas y Papel Sellado solicita, en 1789, que le asignen la cantidad correspondiente para poder asistir a la función de toros. El cabildo de la Real Iglesia de San Isidro de Madrid y los capellanes de la misma solicitan, en 1789, los balcones que otras veces les habían sido facilitados para asistir a las fiestas de toros.

Todo ello ocurría a pesar de que la presencia de los obispos en las corridas de toros había sido condenada con mayor rigor por la mayoría de los moralistas. Así el padre Hurtado dice que los obispos pecan mortalmente porque con su presencia se favorecía mucho dicho espectáculo. El Padre Villalobos, tras sostener que los clérigos pecan venialmente, añade que “*será mayor pecado si fuere obispo*”; Pantoja aconseja que “*mucho mejor sería que hombres de tan suprema dignidad se abstuvieran de tales fiestas*”; y Alcocer sentencia: “*cosa indecente es que los arzobispos, obispos y otros prelados califica-*

dos se hallen presentes al correr de los toros, porque son regocijos profanos, y en que muchas veces suceden muertes y otras liviandades que no conviene autorizar con su presencia personas que tienen estado de perfección”.

Si la presencia de la jerarquía eclesiástica en las relaciones de espectadores asistentes a las fiestas de toros, en la Península, quedó suficientemente demostrada, en América adquiriría caracteres de auténtico apasionamiento. Así vemos cómo fray García Guerra, arzobispo virrey de Méjico, mandó que todos los viernes del año se corrieran toros, dada la circunstancia que fue, precisamente, en viernes cuando había recibido su nombramiento. Tal era su afición que hasta mandó construir una plaza de toros en el palacio virreinal. Atacó aquella decisión nada menos que sor Inés de la Cruz, pidiéndole que anulase la disposición pues no debía un príncipe eclesiástico fomentar semejantes ejercicios y menos en viernes, día en que se recuerda la Pasión de Jesucristo. No faltó tampoco algún arzobispo de Méjico que entrase en la plaza de toros con la cruz alzada, ni algún otro que pasease por el ruedo, en carroza, repartiendo dulces a los toreros. Y fray Gaspar de Villarroel, obispo de Santiago de Chile y de Arequipa, disenta de las opiniones contrarias de los moralistas, basándose en razones parecidas a las que invocaba el padre Mendo, es decir, que cómo personas de tanta reputación moral podían llevar a cabo algo ilícito: *“En cuarenta años no vi yo otra cosa en la ciudad de Lima. Todos los señores arzobispos los ven con publicidad, poniendo su sitio en la ventana. Y el señor virrey, marqués de Mancera, uno de los mayores gobernadores que han visto las Indias, varón de rara virtud y de gran capacidad, cuatro años ha que tuvo a su lado en unos toros públicos al Sr. don Felicísimo, arzobispo de La Paz y electo de Méjico, hombre de prodigiosas letras...; bien supieron lo que hicieron uno y otro”.* Así, concluye el obispo Villarroel que no hay, no ya pecado mortal, pero ni siquiera venial, ni aun

en caso, como el suyo, de ser obispo y religioso (era agustino), en el acto de contemplar las corridas de toros.

La última intervención pontificia, según nuestras noticias, se produce bien avanzado el siglo XVII. Extrañamente, ninguno de los tratadistas que han estudiado a fondo las polémicas desde la óptica religiosa la recogen. Ni el conde de las Navas, ni el marqués de San Juan de Piedras Albas, ni el jesuita padre Pereda, ni José María de Cossío, ninguno, en fin, hace la menor referencia al breve de Inocencio XI, de fecha 21 de julio de 1680, enviado al cardenal Portocarrero a través del nuncio en España, recordando las anteriores prohibiciones pontificias y su preocupación por la laxitud advertida en su observancia. Dicho Breve motiva un escrito del cardenal Portocarrero dirigido al Rey Carlos II, fechado en 25 de septiembre de 1680, donde le recuerda *“quanto sería del agrado de Dios el prohibir las fiestas de toros o a lo menos dar rigurosos Decretos para que se eviten los grandes peligros de los que asisten a ellas”*. Solamente Vargas Ponce hace cierta alusión a esta última intervención pontificia y remite al lector a la *Enciclopedia* del padre Torrecilla para conocer los textos. A ambos textos —el Breve y la carta del cardenal Portocarrero— hemos tenido acceso, gracias al precioso libro *Documentos históricos tauromorfinos, exhumados y comentados* por Diego Ruiz Morales, publicado en edición numerada en 1971. El documento presenta la novedad de que, por primera vez, no se produce una prohibición expresa sometida a penas canónicas sino que se trata de una petición de auxilio al poder civil.

No tenemos noticia de que, con posterioridad, haya habido interdicción pontificia sobre las corridas de toros. Sí ha continuado, sin embargo, la prohibición de asistencia a los clérigos, aunque dicha prohibición no fuera expresa. Así, el Código de Derecho Canónico de 1917, promulgado por Benedicto XV, y vigente hasta 1983, establecía en el canon 140: *“No asistirán a espectáculos, bailes y fiestas que desdican de su condición,*

ni a aquellos en que la presencia de los clérigos pueda producir escándalo, principalmente en los teatros públicos". En nota a este artículo, la edición del Código, comentada por el Padre Miguélez, publicada en la B.A.C., considera claramente incluidas entre los supuestos de prohibición las corridas de toros. En el Código vigente no aparece prohibición alguna, y solamente con un criterio muy lato podría invocarse el parágrafo 1 del canon 285, que establece: "*Absténganse los clérigos por completo de todo aquello que desdiga de su estado, según las prescripciones del derecho particular*". Se prescinde, por tanto, del casuismo, se remite al derecho particular que tendrá en cuenta las circunstancias de lugar y tiempo y, desde luego, entendemos que no existe la posibilidad, salvo expresa prohibición del ordinario, de considerar hoy proscritas, al amparo del citado canon, la asistencia de los clérigos a las corridas de toros. Por muchas razones, pero, fundamentalmente, en aplicación del principio *odiosa sunt restringenda*, y también porque su presencia en las plazas de toros no repugna hoy a la conciencia social ¡Incorpórense, por tanto, los clérigos, con tranquilidad de conciencia a los tendidos, y cuando se emocionen con la faena de algún diestro, hagan suya la jaculatoria de aquel fraile que, entusiasmado con el arte de cierto torero, alzando los ojos y los brazos al cielo, exclamó con un grito que sorprendió en el tendido: "*¡Gracias, gracias, Dios mío; no nos merecemos tanto!*".

Bibliografía

- Alcocer, Fray Francisco: "Tratado del Juego", Salamanca, 1559.
- Alonso de Herrera, Gabriel: "Agricultura General", 1513.
- Azpilicueta, Martín de: "Enchiridion sive Manuale Confessariorum", Lugduni, 1587.
- Balmes, Jaime: "El Catolicismo comparado con el Protestantismo", Barcelona, 1925.
- Código de Derecho Canónico: Edición de la B.A.C., Comentarios del Padre Miguélez, Madrid, 1957.
- Cossío, José María de: "Los Toros, tratado técnico e histórico", Tomo II, Madrid, 1947.
- García-Baquero González, Antonio: "La polémica antitaurina en la Ilustración: miedos y recelos del Poder", en *Taurología*, n.º 5, otoño 1990-invierno 1991.
- Güenechea, José Nemesio, S.J.: "Ensayo de Derecho Administrativo", Bilbao, 1915.
- Hornedo, R, S. J.: "La Universidad de Salamanca y el Breve de Sixto V sobre los toros", *Razón y Fe*, t. 131, Madrid, 1945.
- Hurtado, Tomás: "Tractatus varii resolutionum moralium", Lugduni, 1651.
- Hurtado de Mendoza, Pedro: "Disputationes scholasticae et morales", Salamanca, 1631.
- March, José M.^a, S.L.: "Razón y Fe", t. 68.
- Navas, Conde de las: "El espectáculo más nacional", Madrid, 1900.

- Pastor Ludovico: "Historia de los Papas", Barcelona, 1910.
- Pereda, Julián, S. L.: "Los toros ante la Iglesia y la Moral", Bilbao, 1945.
- Ruiz Morales, Diego: "Documentos histórico taurínos, exhumados y comentados por ...", Madrid, 1971.
- San Juan de Piedras Albas, Marqués de: "Fiestas de toros, bosquejo histórico", Madrid, 1927.
- Santainés Cirés, Antonio: "Historia del toreo en Colombia, en Venezuela, en el resto de América y en el resto del Mundo", en el t. VI de Los Toros de Cossío, Madrid, 1981.
- Tierno Galván, Enrique: "Los toros, acontecimiento nacional", Madrid, 1988.
- Vargas Ponce, José de: "Disertación sobre las fiestas de toros; su origen e introducción en España y males que ocasionan", Manuscrito Autógrafo de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Signatura 11-4-7-K.